

Cartografías Familiares. De Cómo la Adolescencia Provoca Nuevos Emergentes en la Estructura del Grupo Familiar

Family Maps. Changes Caused by the Adolescent In Family Structure of The Family Group

Isabel Sanfeliu

Práctica privada, España

Laura Díaz-Sanfeliu

Sociedad Española para el Desarrollo del Grupo, la Psicoterapia y el Psicoanálisis, España

Cristina Fernández-Belinchón

Sociedad Española para el Desarrollo del Grupo, la Psicoterapia y el Psicoanálisis, España

Silvia Fernández-Sarcos

Práctica privada, España

Ana Moreno

Sociedad Española para el Desarrollo del Grupo, la Psicoterapia y el Psicoanálisis, España

Yolanda Pecharromán

Práctica privada, España

Teresa Román

Práctica privada, España

Beatriz Santos

Práctica privada, España

Resumen. Una familia sana evoluciona al ritmo en que se desarrollan sus integrantes; en este trabajo partimos de una adolescente como elemento catalizador para su grupo. A partir de cuatro escenas dramatizadas veremos las diferentes sensaciones, emociones y reacciones que induce en el grupo familiar, dependiendo del rol que ella adopta. En el artículo, añadimos años a la vida y nos encontramos reflexionando sobre la vejez equiparándola a lo que en ingeniería se conoce como fatiga de los materiales. Aludimos al vínculo que, en ambas etapas vitales, presentan una autentica batalla en lo que concierne a los polos de autonomía y dependencia. El proceso de desarrollo vital permite re-enfocar desde la complejidad una dinámica que solo puede comprenderse a través de las relaciones objetales y los elementos que emergen en ella. Hablamos de adaptación al cambio y reconstrucción del equilibrio de la familia como sistema que dota de recursos frente a futuras vicisitudes.

ISABEL SANFELIU es Dra. en Psicología. Psicoanalista por *Espace Psychanalytique* (París). LAURA DÍAZ-SANFELIU Psicóloga. Miembro de SEGPA. CRISTINA FERNÁNDEZ-BELINCHÓN es Psicóloga especialista en clínica vía PIR. Miembro de SEGPA. SILVIA FERNÁNDEZ-SARCOS es psicóloga. ANA MORENO es Psiquiatra de la red pública de Salud Mental. Miembro de SEGPA. YOLANDA PECHARROMÁN es psicóloga. TERESA ROMÁN es estudiante de Psicología. Formadora en gestión empresarial. BEATRIZ SANTOS es Psicóloga. Psicomotricista.

La correspondencia sobre este artículo debe enviarse a la primera autora al e-mail: isanfeliu@me.com

Palabras Clave: adolescencia, vejez, grupo familiar, relaciones objetales, complejidad, adaptación al cambio.

Abstract. A healthy family evolves to the rhythm in which its members develop; in this paper we take as a starting point a teenager as a catalyst for her group. From four psychodramatized scenes we see the different feelings, emotions and reactions that she induces in the household, depending on the role she adopts. In the article, we add years to life as we find ourselves reflecting about aging and how elderly can be equated with what is known as engineering material fatigue. We refer to the link between both life stages, which talks about an actual battle involving the poles of autonomy and dependence. The development process allows to refocus from complexity a dynamic that can only be understood through object relations and emerging elements in it. We talked about adaptation and rebuild the balance of family as a system that endows resources against future vicissitudes.

Keywords: adolescence, old age, family group, object relations, complexity, adaptation.

La institución familiar

En 2005 –y también en el marco de nuestro seminario de formación continuada sobre psicoterapia de grupo– escribimos un artículo en el que planteamos una ficción trazando un paralelo entre las personalidades límite y el momento que consideramos atravesaba la estructura familiar en la sociedad occidental (Sanfeliu et al., 2005). Familia como grupo interno de un sujeto, que entonces acotamos en momentos claves de su evolución: lo inaugural, las reestructuraciones familiares, la transmisión generacional... Dijimos por ejemplo:

“Aflora la sensación de familia *como sí*.¹ Falla la autoridad, fracasa la creación de mecanismos que dotan de control interno a los hijos. Se intenta entonces suplir con normas y contingencias que no tienen historia para el sujeto y cuyo efecto es dudoso” (Sanfeliu et al., 2005, p.148).

Ya entonces debatimos sobre esta cuestión fundamental: cuando falla la autoridad se engendra autoritarismo. Hoy, 17 de marzo de 2013, podemos leer en la prensa en grandes titulares²: «¿Qué les está pasando a los poderosos? Presidentes maniatados. Magnates hundidos. Ejércitos impotentes. Obispos sin fieles. Nuevos actores desafían a los dirigentes tradicionales. El poder ya no es lo que era. Se ha vuelto más difícil de usar y de perder.» ¿Y quién detenta la autoridad en las nuevas unidades familiares³? Tras un tiempo en el que autoridad se identificó con totalitarismo, parece un incómodo atavío que, deseado por todos, nadie quiere ostentar.

Observamos en nuestro artículo de entonces una familia descompensada en su exasperante ritmo, por el que se trata de alcanzar la utopía de satisfacer lo individual y lo grupal a un tiempo (pretenderlo implica aferrarse a un insolente Yo ideal que se resiste a la frustración y teme vacíos necesarios. Pusimos en duda la coherencia de su funcionamiento. A veces parece que la distancia entre lo que se piensa, se siente y se actúa es cada vez mayor y el punto de encuentro resulta puramente formal. Aún late clandestino el «...y se casaron y fueron felices» -final rotundo de aventuras intensas- entre el negado afán de poseer al otro -entreverado de ensimismamiento consigo mismo- o reivindicaciones de matrimonio homosexual que aspiran también a limitarse y limitar opciones al otro. ¿Romanticismo, miedo a la libertad? Es complicado predecir dónde nos conducen esos

¹ Una estructura *como sí* hace referencia a deficientes mecanismos de defensa que entorpecen el acceso al símbolo que es lo que, en definitiva, proporciona una historia con sentido y significados propios.

² Moisés Naím, en la Cuarta Página de *El País*.

³ Que por momentos se antojan paraestructuras, pseudo-familias que tratan de desenvolverse en una historicidad de la que carecen, debido a lo vertiginoso de los cambios.

entornos mal dibujados, esas funciones poco netas de la familia actual. En este ambiente se hace cada vez más complejo consolidar lo singular, dotar al sujeto de una sólida identidad necesaria para un funcionamiento maduro. Sigue vigente:

“La velocidad de cambios exige una familia en permanente reactualización. El tránsito de lo tradicional a lo novedoso deja sin referentes y confundidos a los sujetos en el ejercicio de sus roles. ¿Son más libres en el intercambio de funciones o están más desorientados? La rapidez y la oferta de consumo encuentran acogida en la oralidad de su estructura. La plenitud y la satisfacción son efímeras. Se necesita permanentemente llenar vacíos. Parece que, en la figura del triunfador, idealizamos este estilo de vida que convierte el estrés en una forma aceptada de identidad” (Sanfeliu et al., 2005, p.148).

Nos parece interesante rescatar algunas preguntas de entonces que retomaremos en un pequeño apartado sobre el *chivo expiatorio*: ¿A quién enferma una familia? ¿Quién es más vulnerable? Hubo un tiempo -bien cercano- en el que la mujer tuvo que multiplicarse para asumir sus viejas funciones demostrando, en un necesario y transitorio alarde de omnipotencia, que además era capaz de desempeñarse profesionalmente con eficacia; en la medida en que conquista reconocimiento, los perfiles materno y paterno comienzan a desdibujarse en la familia. Cada vez tienen menos fuerza las presiones reales (sociedad, biología, legislación...) o imaginarias que restan libertad a la hora de escoger el modelo familiar: pareja homo o heterosexual / monoparental / con hijos propios / adoptados / nuevas parejas en las que ambos aportan hijos de anteriores relaciones / inseminación artificial / vientres de alquiler... ¡o sin hijos por decisión propia a riesgo de ser tachados de egoístas!

Por otra parte, y volviendo a la etapa adolescente, cada vez termina antes la niñez y despunta más tarde la juventud... La «edad del pavo» agota a adolescentes y padres. Hay mucha prisa en que los niños maduren y sean independientes, puesto que cada vez hay menos adultos disponibles para atenderles (aumentan las ratios de los colegios, los horarios de trabajo de los padres, los abuelos suelen estar más lejos...). Pero lo que se alcanza es una adolescencia precoz a la que muchas veces faltan herramientas para afrontarla ¿Quizá por eso se tarda más en abandonar y alcanzar independencia real como sujeto y no esa aparente autosuficiencia para desenvolverse en la vida? Se tiende a culpar a la *crisis* de la dificultad para conseguir autonomía y quizá esa es una verdad que impide detectar otros factores. Otro vistazo a nuestro anterior trabajo:

“Si en un juego globalizador tuviéramos que diagnosticar la posición predominante en que se mueve la familia de hoy optaríamos por la posición confusa con su fantasía de plenitud y de fusión con el ideal de que todo lo bueno nos debe corresponder y lo merecemos. En la posición confusa la idealización de objeto es un tránsito para la separación e individuación del sujeto diádico, del sujeto que no ha alcanzado la complejidad edípica; da paso a la entrada del tercero y al símbolo en la posición depresiva. Anclarse en lo confuso impide disfrutar la conquista de la triangularidad que permite el diálogo, inclusión y exclusión sin fundirse con el entorno ni desaparecer en el vacío” (Sanfeliu et al., 2005, p.148).

Tan solo han transcurrido ocho años desde nuestro escrito, pero ya se están consolidando una variedad de modelos familiares que abren amplias e indeterminadas posibilidades de desarrollo, mientras el prototipo más tradicional continúa defendiendo sus «valores». Podemos escribir sobre el presente, poco más allá se puede intuir. Aventuramos que una serie de postulados, entraña de toda estructura viva, seguirán teniendo vigencia: las instituciones tienden a anquilosarse, necesitan de crisis que abran espacios de negatividad donde nuevos emergentes prosperen.

Una familia sana evoluciona al ritmo en que se desarrollan sus integrantes; hemos denominado Inés a la que será en este trabajo impulsora de la agitación: una adolescente como elemento catalizador para su grupo, promotora de cambios que desvelarán inquietudes soterradas en su entorno. Si la inestabilidad de Inés es asimilada por su grupo, el conjunto crece; caso que no logre resolverse lo que en un principio es conflictivo, puede que la crisis ayude a poner de manifiesto problemas que hasta entonces se mantenían latentes.

Seremos un grupo real (las integrantes del seminario) representando y analizando un grupo imaginario (la familia de Inés); imaginario, por otra parte, contaminado por un contexto histórico real. ¡Qué difusas son las fronteras cuando nos adentramos en la dimensión afectiva!

La Complejidad⁴ (apuntes mínimos)

Los cambios sociales se producen por confluencia de una serie de factores ajenos en muchos casos a la propia organización social (sistemas de distinta naturaleza como fenómenos geológicos o climáticos dan lugar a imprevisibles desastres o épocas de bonanza); no extrañará, por tanto, que lo inesperado caracterice asimismo el tránsito adolescente. Son muchos los factores que se incorporan desde cualquiera de los niveles de integración y la familia se enreda en el torbellino de su *tribu* con más o menos flexibilidad: la institución sufre cambios en la medida en se transforman sus componentes.

Al llegar la adolescencia, el sistema en que se desenvuelve un sujeto empieza a resultarle estrecho. Ya sucedió tras los nueve meses de formación intrauterina: el feto necesitaba más espacio y nuevos elementos para sobrevivir. Ahora es la estructura familiar la que se diría tiene «contracciones», muchas veces involuntarias, para empujar a uno de sus elementos a un medio más adecuado, con las ambigüedades que ello conlleva para todos. Autoorganización en ambos casos. El paso a la sexualidad genital marcó desde todos los tiempos y culturas una frontera trazada por tabúes y ceremonias, no con la ambición de detener el proceso, sino para reajustar vínculos, adecuarlos al nuevo contexto y salvaguardar la estructura.

Nos ubicamos en la perspectiva de la *complejidad*. Este paradigma se refiere a ciertos conjuntos de elementos en los que las características colectivas no pueden ser deducidas del conocimiento detallado y completo de los elementos del sistema tomados por separado. Es decir, se trata de sistemas cuyo comportamiento resulta tanto de sus elementos como de las redes de relación a partir de las cuales nuevos rasgos emergen inesperadamente. La no linealidad de los sistemas complejos implica que las relaciones entre los elementos son tales que el efecto de pequeños cambios puede ser enorme en el sistema, mientras que grandes modificaciones en los elementos pueden no reflejarse en las propiedades globales del mismo.

El reconocimiento del carácter complejo de las formas biológicas, abre la posibilidad de colaboraciones interdisciplinarias que han generado nuevos acercamientos para el estudio del funcionamiento de los sistemas biológicos, considerando como partes integrantes de su complejidad su interrelación con procesos de carácter físico, químico y social.

El estudio de los sistemas complejos ha permitido identificar mecanismos básicos comunes como características inherentes de estos sistemas:

- Mecanismo de emergencia: emergen propiedades colectivas a partir de mecanismos generadores en sistemas complejos (puede observarse en distintas escalas, desde las galaxias en el universo hasta las redes de genes dentro de una célula, así como en diferentes tipos de sistema: físicos, biológicos, sociales y culturales).
- Modularidad: identificación de módulos semiautomáticos que pueden ser estudiados, en una primera aproximación, independientemente del resto del sistema (nuestra adolescente podría ser un ejemplo). Estas unidades, aunque independientes entre sí, tienen la capacidad de formar parte de otros módulos a otras escalas (cada uno de los miembros de la familia que presentaremos tiene autonomía de funcionamiento, se mueve en otros contextos y se enreda en otros vínculos que les modulan tanto como los procesos fisiológicos que les determinan).
- Adaptación al cambio (a través de la adolescente que vamos a presentar, desplegaremos especialmente tanto este concepto como el anterior).
- Integración: la pluralidad de perspectivas parciales que ofrecen los saberes especializados deben ser integrados. Como señala Mitchell (2009), entender que la complejidad es variada en sus tipos, es esencial para cimentar la epistemología expandida de un pluralismo integrador.

⁴ Véase Sanfeliu y Sainz de la Maza (2012).

Una adolescente y cuatro familias

Como es habitual en la parte práctica de nuestro seminario, utilizaremos la escena dramática para dejarnos sorprender por la dinámica que surge espontáneamente a partir de breves consignas, con la intención de abrir nuevas perspectivas de reflexión teórica.

Nuestros protagonistas: Inés (I) de 15 años, paciente de una de nosotras. Tiene un hermano (H) de 12. El perfil del padre (P) es autoritario -Inés cree que es infiel- y la madre (M) está supeditada al marido. A partir de los datos que nos aporta su terapeuta, representamos la que fue una escena real en su familia. Las modificaciones que luego introducimos tienen como objetivo mostrar cómo pequeños cambios, puede conducir a derroteros muy variados.

Surgirá la representación de una sencilla escena familiar con cuatro variaciones. El único elemento que modificamos en el manifiesto es el talante de la hija adolescente de la que ofreceremos cuatro versiones. Mantuvimos fijas a las intérpretes de cada personaje para evitar (¡en la medida de lo posible!) interferencias de otras variables. Así se puso en evidencia que madre, padre y hermano, al interactuar con los distintos perfiles de Inés, adquieren de forma espontánea insólitos contornos⁵ (Caparros y Cruz Roche, 2013). Como no podía ser de otra manera, se corrobora el bucle de alteraciones que se desencadena a partir de un nuevo emergente.

Hemos recuperado algunos diálogos de nuestro trabajo:

Cuatro escenas, el mismo escenario...

Escena 1: Inés en la escena original

Consigna: almuerzo familiar con los cuatro miembros de la familia...

P: Hola Inés, qué tal, ¿estas cansada?

I: [Dirigiéndose directamente a la madre] ¿Puedo preguntarte algo?

P: ¿Qué quieres? Como sé por dónde vas, te anticipo que no puedes estar fuera más allá de las diez porque hay mucha droga, mucho alcohol y mucho tonto suelto...

M: [Mediando para evitar tensiones, se dirige al hijo] Por cierto, Luis, ¿vas a salir hoy con tus amigos?

I: Y tú ¿por qué te metes en mis cosas? [dirigiéndose al padre] Eso lo dirás por ti...

P: Más respeto niña. Ya hablaremos.

M: Hijo, que si vas a ir con tus amigos... ¿Quieres que te lleve al cine?

H: Yo... le iba a decir a Inés que si me lleva a patinar como me dijo el otro día.

P: Me parece muy buena idea, vete con tu hermana a patinar, buena idea.

I: ¿Cuándo te dije yo qué íbamos a patinar? Pero vamos a ver, si tengo un plan ¿por qué tengo que cambiarlo para llevar a patinar al niño? Quizá mañana, pero hoy no...

P: Pues el niño dice que se lo dijiste y el niño no miente, así que le llevas a patinar.

H: Bueno, pero puede ser mañana por la mañana...

M: Pues ya está, vais mañana. [Dirigiéndose al padre] ¿Quieres café? Te he comprado una marca nueva, verás qué bueno está.

El padre intenta hacer valer sus principios. Madre e hija muestran una alianza que supera cualquier imposición proveniente del cabeza de familia; este se siente excluido y reacciona con más intransigencia. El hermano también percibe esa complicidad, se siente desplazado y manipulado. Una buena elaboración del conflicto edí-

⁵ En las estructuras disipativas (estados de desequilibrio y auto-organización capaces de mantenerse sí y solo sí se conservan abiertos al medio ambiente) la interacción con el medio es fundamental, pero la respuesta de la estructura no es un simple reflejo del aporte de éste, sino que obedece a una misteriosa elaboración de la propia estructura. (Caparrós, 2013, pp. 99).

pico desbarataría los bandos que parecen haberse instituido en una atmósfera de tintes machistas. A la madre le gustaría que todo “siguiera igual”, lo que en principio dificulta el proceso de individuación y separación. Si Inés se aleja, el hermano y el padre ocuparán espacios a los que antes no podían acceder sin cierta violentación.

Escena 2: de una Inés con miedos, tímida, apocada

Consigna sobre lo anterior: Inés es una hija ejemplar pero tiene miedo a salir sola.

M: ¿Qué tal mi vida? ¿Tienes algún plan para hoy? Te llevo donde quieras.

I: Es que no sé, los compañeros de clase quieren salir, pero ya sabes que a mí me da vergüenza... [dirigiéndose al hermano] ¿Puedo ir contigo? O tú puedes venir con mis amigos que les caes muy bien.

M: No, que sus amigos son muy pequeños.

P: Tienes edad para salir sola y luego a las 10 a casa, pero sin meterte en líos.

M: ¡Venga, que yo te llevo! Y te pones la falda esa que...

P: No, esa no que es muy corta, mejor pantalones...

M: Pero cariño... lleva *leggings* debajo

P: Bueno, que la vea yo antes... Anda, Inés...

I: [Al hermano]: ¿Puedo ir contigo?

H: No, no, lo que quiero es que hagamos lo que el otro día dijimos, ¿no te acuerdas? Mañana vamos a patinar, pero con tus amigos no, que son un rollo.

I: Bueno, pues mañana vamos a patinar, hoy me acuesto pronto y así estoy más descansada.

P: Deberías salir, no puedes estar todo el día en casa. Traes muy buenas notas pero también hay que tener amigos...

La parte más retraída de Inés no permite al padre sacar su genio, desbarata al ogro y cual Shrek frente a Fionna, descubre en sí mismo una ternura que no sospechaba. Los padres están preocupados. Este movimiento permite a la madre acercarse al marido y reafirmar su identidad en la familia. Un objetivo compartido -que Inés cobre autonomía- les hace cómplices, incluso en la ambivalencia que puedan experimentar sobre ese asunto. El hermano se siente más fuerte y más libre. El padre comienza a mostrar ternura, su mujer puede ayudarle... pero, ¿de dónde provienen los miedos de Inés?, ¿qué la empuja a aferrarse a la infancia? Una posible explicación: tensiones edípicas no resueltas despiertan una angustia de castración que bloquea la competencia, como consecuencia se sitúa en un plano de inferioridad...

Escena 3: de una Inés chula, que hace lo que le apetece

Consigna: La otra cara, adolescente rebelde que intenta imponerse a todos.

M: Hola cariño, ¿qué tal?, ¿qué piensas hacer hoy? [Suena el teléfono] ¿Ya te están llamando? No hija, hasta que no termines el desayuno aquí nadie se mueve.

I: ¿Cómo que no puedo coger el teléfono? Lo haré cuando quiera [en tono despectivo hacia la madre].

P: Hay que cumplir las normas de esta casa, ¿¡pero cómo contestas así a tu madre!? ¡Malcriada! Ya estás castigadas dos meses, ¡cuando quieras vuelves a hablar así!

I: Que estoy hablando con ella. Deja de meterte en lo que no te importa.

M: Bueno, deja a la niña [tono condescendiente] que saca muy buenas notas [tratando de minimizar su salida de tono].

I: Vale, me puedes castigar y hacer lo que quieras, pero aquí el que hace lo que le da la gana eres tú y mamá te aguanta todo.

P: Yo hago lo que me da la real gana. ¿Quién te has creído?

I: ¡Increíble! Se lo dices en su cara [refiriéndose a la madre] y aquí no pasa nada. ¡Esto es inaudito!

M: Bueno hija, no te metas en cosas que no son de tu incumbencia...

H: Mamá que yo no aguanto más...

La confrontación directa de Inés confunde al padre. La madre que podría regocijarse con esta escena, no lo consigue y queda apocada por los reproches que también a ella le dirige su hija; es quien probablemente experimente la mayor carga de ambivalencia. Los mecanismos de defensa se hacen muy intensos, rígidos; ante la fuerte agresividad, hay inestabilidad y falta de matices. Lo intenso de las pulsiones puede llegar a bloquearlas; hay una insaciable necesidad de cambio y faltan modelos de relación. Inés está cumpliendo un papel de hija parentalizada, asume la responsabilidad que otros no ejercen lo cual desata su agresividad y su tendencia al *acting*, de forma que queda atrapada en la red familiar. El hermano tiene muy poco que decir en este contexto. Si la situación no se modifica, dentro de unos años, Inés se encontrará con un dilema: dejarles «la bomba» al irse de casa -con lo que emergería un nuevo modelo de organización-, o quedar atrapada en el conflicto parental.

Escena 4: de la Inés coqueta y seductora

Última corrección: toque histriónico de Inés camelando a papá.

P. El teléfono no se coge mientras comemos.

M: A lo mejor es para la niña...

I: [Que espera una llamada] Papi si no dejas que lo cojamos va a seguir molestando y este es un momento para charlar tranquilos los cuatro. Anda... guapetón, ¡chulo!

P: Sí, ya sé que soy estupendo ¿Qué me quieres pedir ahora...?

H: [Responde a la llamada] Es para ti papá, es Elena, que te pongas.

P: Es una compañera del trabajo, dile que luego la llamo.

M: ¿Elena? [entre asombrada y mosqueada] dile a esa tal Elena, que los asuntos de oficina el lunes. [Dirigiéndose a Inés] Cariño, me gustaría que me contaras...

I: Oye papá, ¿me vas a llevar a esquiar mañana?, hace un tiempo divino...

P: Ya sabía yo que me querías pedir algo.

H: ¡Quiero ir a mi cuarto!

M: Deja que el niño se levante ya...

P: [Con cierto resentimiento porque cogió la llamada] Deja al niño, deja al niño, ya hablaré yo luego con el niño...

Hay un intento por parte de la madre de acercarse a Inés, pero esta prefiere conquistar a «papá» obviándola a ella. Esta seducción histeriforme permite vislumbrar un Edipo todavía en vías de resolución; atrapados en la compulsión a la repetición, el tiempo se hace circular, no discurre ni organiza. Inés manipula al padre que ostenta el poder y entra en rivalidad con la madre quien, reactivamente, experimentará una fuerte ambivalencia. Quizá la adolescente logre objetivos a corto plazo, pero a costa de disgregar al núcleo familiar lo que, además de dejar un poso de culpa, deriva en que pierda un importante referente en el que apoyarse para lograr autonomía. El hermano, que no tiene a su alcance la perspectiva que aquí estamos ofreciendo, siente envidia.

Reflexiones...

... sobre cómo cobran significado las réplicas afectivas y de actuación que evocan los distintos perfiles de

nuestra protagonista; el quantum de energía que introduce con cada giro, desorganiza el conjunto y alimenta la dinámica en direcciones divergentes que, a su vez, la engullen a ella. Algo *emerge*, es decir, aparece brusca-mente como una nueva capacidad de funcionamiento y los inherentes cambios autoorganizativos afectan al sistema en su conjunto, (Praigier y Fraure-Pragier, 2013, p. 154). Un adecuado grado de tensión disgrega y desestructura, posibilita el movimiento que integra lo nuevo, el crecimiento que trae de la mano el esfuerzo adaptativo.

Hemos desplegado cuatro escenas a través de pequeñas viñetas que mostraron cómo cada Inés representada induce diferentes sensaciones, emociones y reacciones en el grupo familiar, dependiendo del rol que ella adopta. Partimos del perfil de una adolescente de 15 años en una familia occidental de nuestros días; oscila del desprendimiento a la fusión, de la idealización al desprecio en esa ruta hacia el duelo por los padres de la infancia. Inés va al instituto, tiene buena relación con mamá y ciertas tensiones con un padre autoritario⁶; su hermano, tres años menor, se lleva mejor con papá. Al transformar -a través de breves consignas- el carácter de Inés⁷, mudaron a su vez los mecanismos intrapsíquicos en juego (represión, identificación proyectiva, etc.) que configuran cada vínculo.

A partir de una pequeña indagación sobre lo experimentado por cada una en la piel de su personaje, aspecto que podríamos calificar de transferencial, surgió la síntesis que queda plasmada en el siguiente cuadro:

Inés	Madre	Padre	Hermano
Originaria	Alianza, complicidad.	Sensación de exclusión, trata de imponerse.	Se siente utilizado (<i>Portavoz</i>)
Tímida	Gestos más maternos. Ambivalencia: qué tonta / sigue siendo una niña.	Se siente inútil, torpe. Ternura que no puede expresar. (<i>Portavoz</i>)	Se siente fuerte, «el mayor»
Chula (<i>Portavoz</i>)	Inés en su contra la desubica, pero es grato que rete al padre -ella no puede -.	Ante la provocación de Inés se blinca en su machismo.	Retraído, «esto es algo entre ellos y yo no pinto nada».
Coqueta	Rabia, celos. Inés la avasalla y su marido no la hace caso. (<i>Portavoz</i>)	Le hace gracia. No sabe resistir, hace torpes ensayos por reafirmar su autoridad.	Envidia, ella se va a «llevar el gato al agua».

El papel del *Portavoz*

Interesa aquí este concepto en cuanto describe a un elemento modelado por el grupo al que pertenece; quien lo asume ha empapado inconscientemente la atmósfera general y enuncia un *emergente* o lo actúa, de forma que muda la dinámica del conjunto. Otra figura puede asimismo hacerse eco de las tensiones de un grupo⁸: es el llamado *chivo expiatorio*⁹, prototipo del sujeto en el que se deposita lo negativo del sistema para luego marginarlo y mantener un falso equilibrio en el conjunto. La Escuela de Palo Alto lo definió aplicando la teoría de

⁶ La autoridad de buena ley se hace *Superyó* y pone al alcance del adolescente un placer provechoso que no necesariamente desafía al medio.

⁷ Eludimos conscientemente rótulos psicopatológicos tan evanescentes en esta etapa vital. Solo presentamos un «fresco costumbrista» que sirva de marco al postulado inicial en torno a la autoorganización.

⁸ Y, al tiempo que asume ese rol, se defiende de él desencadenando conflictos que atañen al conjunto.

⁹ No es complicado intuir su origen en sacrificios religiosos para alejar la ira de los dioses.

la comunicación a la dinámica familiar de pacientes psicóticos y, a su vez, Pichon-Rivière (1971) lo trasladó al terreno de la psicología social. Tensiones inconscientes son actuadas por el miembro de apariencia más vulnerable; cuando esta función es asumida sistemáticamente por el mismo sujeto, podríamos definir su adaptación al medio como patológica.

Al analizar las dramatizaciones nos sorprendió que en cada una de ellas iba encarnando estas funciones un elemento (o *módulo*) distinto. El lugar rotativo del *portavoz* da cuenta de cómo se inserta lo personal de cada sujeto, su *verticalidad*, dentro de la *horizontalidad* que representa el *aquí y ahora* de la interacción familiar.

En la primera viñeta dijimos que la aparente autonomía de Inés puede generar tirantez en la madre si la siente como amenaza a su complicidad, complicidad que a su vez despierta la ansiedad de un padre que se siente excluido. Aspectos ligados a las pulsiones de estos tres miembros utilizan al hermano, quien en esta escena parece desempeñar el papel de *chivo expiatorio*; él es la pantalla que permite a los demás descargar tensión y, aunque ello le de cierto protagonismo, se siente utilizado. Aumenta así la probabilidad de reforzar los estereotipos de cada figura de la familia.

Segunda escena: el padre experimenta cierto bloqueo por la perplejidad que le originan los recelos de Inés. Como figura fuerte y cabeza de familia, se ve en la posición de hacerse cargo de la ansiedad que ronda la escena. Al entrar en resonancia con la situación -que además de desconcierto y rabia le despierta una ternura difícil de expresar- toma el lugar de *portavoz* del conflicto.

En el tercer caso, será la Inés avasalladora la que cargue con el conflicto padre/madre a pesar de su apariencia tiránica; podría decirse que juega el papel de *chivo expiatorio*. La ansiedad que produce el silencio que rodea el «misterio familiar», aquello que se sabe y que no se menciona para que no circule, hace que la hija encarne y denuncie ese conflicto que los demás integrantes del grupo familiar no están en condiciones de aceptar.

Por último, el despliegue seductor de Inés en la cuarta escena hace actuar a la madre, dejándole el papel de *chivo expiatorio* en esta situación. La rabia y envidia experimentada por ésta hablan de la forma en que intervienen sus propias fantasías en la circunstancia actual. Queda paralizada frente a la sensación de exclusión y la pérdida de complicidad con la hija, fracasando en un posible intento de reorganización de papeles que mantenga la cohesión de la estructura familiar.

La vejez: ¿un proceso inverso?

Este apartado, no previsto inicialmente, cobra sentido en el conjunto por el hecho de ser otra etapa especialmente movilizadora para el grupo familiar. Adolescencia y vejez están inscritas en la línea de la vida, forman parte del mismo *proceso* de un sujeto. En el primer caso los cambios se precipitan en pocos años, el segundo - con un devenir temporal mucho más incierto y prolongado- adquiere perfiles diversos hasta llegar a su crepúsculo.

«Hemos añadido años a la vida, pero nos queda añadir vida a los años», frase tan manida como poco trabajada. En gran medida, los cambios físicos van modelando aquellos mentales, psíquicos y emocionales que se producen en ambos polos vitales. La diferencia reside en la agitación y desconcierto con la que aparecen en el joven, en quien la vida comienza a fluir de otra manera, con la perspectiva de lo todavía por construir, mientras que en la vejez el tiempo se manifiesta urgente y petulante, consumado. Podríamos equiparar esta a lo que en ingeniería se conoce como fatiga de los materiales: *la fatiga es el proceso de cambio estructural permanente, progresivo y localizado que ocurre en un material sujeto a tensiones y deformaciones variables en algún punto o puntos y que produce grietas o la fractura completa tras un número suficiente de fluctuaciones. El 90% de las piezas que se rompen en servicio fallan debido a este fenómeno.*

Una última tensión y falla lo que toda la vida ha estado sometido a ellas. La metáfora es clara en el nivel orgánico pero, ¿y en el nivel psíquico?, ¿cómo «se gasta» el aparato psíquico?, ¿claudica de forma irremedia-

ble o se adapta, a pesar del endurecimiento, en esa última etapa?, ¿no es la vida psíquica un ejemplo de adaptación a las tensiones, un *material* poco dado a la fatiga?

En la infancia se conforma el estilo que caracterizará los vínculos de un sujeto con el mundo; luego, el adolescente está inmerso en un proceso de creación y ampliación de circuitos cerebrales que intervienen en el control de la conducta, una de las razones que explica su impulsividad. Con la maduración de dichos circuitos, alcanzará progresivo control inhibitorio sobre ciertas acciones. En enfermedades relacionadas con el proceso de envejecimiento (sobre todo en fases avanzadas de Alzheimer), observamos que se da el proceso inverso: se va perdiendo el control inhibitorio sobre ciertas acciones. De esta forma, emociones reprimidas en el buen deambular con otros en la trayectoria vital de un sujeto sano, emergen y pueden dar pie a insólitas conductas impulsivas.

A pesar de que suele contemplarse la imagen del anciano como reflejo de sabiduría, sobre todo en culturas arcaicas¹⁰, el envejecimiento es un proceso relativamente nuevo en la historia de la humanidad. Cada vez hay, sin duda, mayor sensibilidad en cuanto a lo peculiar de cada etapa en la vida de un sujeto y se valora el trabajo de adaptación a las alteraciones intrapsíquicas, afectivas y fisiológicas concomitantes. La adolescencia ha acaparado protagonismo de especialistas; alejada en muchos aspectos de la ancianidad, no deja de observarse entre ambas cierta conexión.

Pensemos en el *cuero*: lo que en un caso es descubrimiento, iniciación sexual, deporte y aventuras más arriesgadas... despliegue de acción en última instancia, en el otro es repliegue, introspección, renuncia y frustración por la pérdida de habilidad en cualquiera de los campos citados. En el terreno de lo *intrapsíquico*, el sentimiento de identidad padece un auténtico revuelo en ambos costados vitales, agitación frente a lo por venir, ambivalencias, reencuentros con uno mismo, novedosas identificaciones, pantalla en blanco frente a otra cuajada de recuerdos cada vez más arcaicos.... Por último, si aludimos ahora a lo peculiar de las *relaciones objetales*, en ambos casos hay una auténtica batalla en lo que concierne a los polos autonomía/dependencia, necesidad de desprendimiento, padres que quedan atrás para «ser» al margen de ellos y, en el otro costado, hijos que retornan vigilantes para custodiar a quienes les protegieron antaño.

La longevidad confronta con el reflejo del mayor como dictamen del propio destino. En la actualidad se reconoce -al menos teóricamente- al «viejo» como «vivo», trascendiendo aquella figura estática y ancestral de sabiduría o la del viejo elefante solitario en busca de su cementerio. Los nuevos tiempos abren espacios de re-conocimiento, actualizando la identidad social del anciano quien, al tiempo que se recicla, trata de negar el proceso mismo por el que transcurre su vida. Muerte negada, rechazada y reemplazada por irracionales fantasías de inmortalidad o misticismo religioso, una nueva fórmula del imaginario omnipotente del niño.

Mirada infinita en un cuerpo finito... Una de nosotras recuerda cómo tuvo ocasión de acompañar cantando una jota a un cuerpo añejo, en posición fetal, del que surgió una mirada vital e intensa, mientras la música le mecía cual nana empapada de recuerdos. Psiquismo que se niega a seguir el ritmo del declive fisiológico, atemporalidad inconsciente que fusiona y revitaliza, al menos fugazmente, a la vieja mañica. Algo así debe ser nuestra tarea como profesionales en estos casos.

Es cierto que cada vez somos más ancianos, en número y en longevidad. Es cierto que las medidas de integración de nuestros mayores van en aumento poco a poco. Es cierto que sabemos que han sido nuestra base y que son sabios, aunque no se lo reconozcamos verbalmente ni con hechos que les hagan sentirse como tales. También es cierto que aún «no está de moda» ser parte de ese colectivo que ahora llamamos «tercera y cuarta edad». Mucho queda por recorrer para que cuando corresponda, entremos en esta etapa orgullosos y confiados en que la sociedad a cuyo desarrollo contribuimos nos tutelaré para disfrutar con sosiego de ese postrer período.

Tiempo fisiológico, época histórica, contexto económico, espacio geográfico... ¡cuántas variables perfilan el estilo con el que lo que venimos comentando discurre!

¹⁰ Donde la productividad ocupa un lugar secundario.

El mapa no es el territorio

La necesidad de comprender una enfermedad o conflicto a nivel individual en relación con el contexto en el que el sujeto está inmerso, no es un planteamiento nuevo. El análisis busca dar sentido al síntoma para alcanzar la comprensión global de la familia como organismo vivo que afecta y es afectado por los miembros que la componen. Pichón Rivière comentaba a este respecto que el miembro enfermo del grupo familiar es el máximo exponente y portavoz de su grupo específico. Así, el equilibrio se logra merced a un depositario que acepta ese depósito y denuncia soterradamente la enfermedad en nombre de todos.

La familia engendra al niño que a su vez la transforma, lo hace sujeto y crece con él, y prepara su salida al tiempo que elabora el duelo por su pérdida. El momento adolescente plantea matices que actualizan el proceso de individuación y separación. Hemos utilizado una serie de escenas psicodramáticas para merodear en torno a la perspectiva del adolescente como dinamizador del proceso de la estructura a la que pertenece. En este análisis le vimos trascender el mero papel de *portavoz*, para convertirse en agente activo que genera cambios en el sistema del que se sustenta y forma parte. Sin duda, la familia es una gran maquinaria que no puede permanecer sorda a los pequeños cambios que avivan sus componentes, forzando procesos de adaptación con los que se enriquece. Se trata de re-enfocar la perspectiva desde la complejidad misma de la unidad familiar, sin perder de vista que a su vez ella es módulo de otra estructura más amplia respecto a la que regiría un nivel creciente de complejidad.

El proceso de desarrollo vital impone muchos de los cambios que vivencia la familia; hace una llamada a una flexibilidad que permita, para afrontar circunstancias tanto normales como patológicas, introducir variaciones adaptativas en su configuración. La crisis del adolescente puede poner de manifiesto aspectos a elaborar por el grupo familiar. Incorporar esta llamada puede devenir en la sucesiva transformación, adaptación y reconstrucción del equilibrio de la familia como sistema.

Así, cada «módulo» del grupo familiar introduce por su mero transcurrir vital elementos que complejizan, en función de las exigencias que requiera cada etapa del desarrollo, la dinámica del conjunto que determinará cómo cada uno de ellos se desenvolverá en los dilemas inherentes a la etapa adulta. La asimilación de los cambios que plantea de forma natural el paso del tiempo, dota de recursos frente a las futuras vicisitudes.

¿Cómo es posible potenciar en la familia los elementos innovadores que aporta esa adolescente? Discretas aperturas (que retengan lo propio esencial dando cabida a retazos ajenos), vínculos que acepten la diferencia y el fortalecimiento de la función reflexiva ante ciertos conflictos de lealtades, todo incide en los reajustes de la estructura. Expresado de otra forma, es una dinámica que solo puede comprenderse desde las relaciones objetales como organizadoras de los elementos que determinan una cultura (tanto de grandes como de pequeños grupos).

En el pequeño mapa que hemos trazado, los territorios se superponen. Cada sujeto o «módulo» lleva en sí, en capas más o menos profundas, sedimentos de aquellos otros con los que compartió un espacio temporal de su existencia. El mapa recorta perfiles caprichosos, muestra la superficie, nuestro territorio es ignoto. Dejémonos sorprender por esos conglomerados que afloran a través de inesperadas brechas tectónicas, por los movimientos sísmicos imprevisibles en el deambular vital del día a día...

Referencias

Caparrós, N. (2013). El caos, un nuevo espacio para la psicodinámica. En Caparrós, N. y Cruz Roche, R. (Coords. y Dirs.) *Viaje a la complejidad: Vol. 3 El psiquismo. Un proceso hipercomplejo*. (pp. 84-101). Madrid: Biblioteca Nueva.

Mitchell, M. (2009). *Complexity. A guided tour*. Oxford NY: Oxford University Press.

Pichon-Rivière, E. (1971). *El proceso grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Pragier, G. y Faure-Pragier, S. (2013). Emergencia de lo nuevo y autoorganización. En N. Caparrós y R. Cruz Roche (Dir.), *Viaje a la complejidad: Vol. 3. El psiquismo. Un proceso hipercomplejo. Nivel de integración psíquico* (pp.154-159). Madrid: Biblioteca Nueva.

Sanfeliu, I., de Frutos, L., Díaz-Sanfeliu, L., Hoed, L., Martín, S., Moreno, A., Palacios, C., Rodríguez, M. L. y Rubaki, S. (2005) La familia actual: una estructura límite. *Clínica y análisis grupal*, 94, 129-150.

Sanfeliu, I. y Sainz de la Maza, M. (coords.). (2012). Del origen de la vida a la emergencia del psiquismo (Vol. 2). En N. Caparrós y R. Cruz Roche (Dir.) *Viaje a la complejidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Manuscrito recibido: 23/07/2013

Revisión recibida: 22/02/2014

Manuscrito aceptado: 25/02/2014